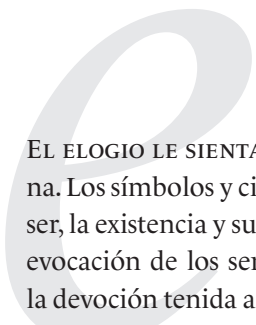




Antonio Moreno, Mario Enrique Figueroa, Marco Antonio Pulido, Salvador Rivera, Jorge F. Hernández, Adolfo Loredo Gil, Fernando Alanís, Jorge Ruiz Dueñas, Alí Chumacero, Juan José Utrilla, Gerardo López y Adolfo Castañón, en 2000

# Alí Chumacero o la celebración de la vida

Jorge Ruiz Dueñas



EL ELOGIO LE SIENTA BIEN A LOS MUERTOS, se decía en la retórica grecorromana. Los símbolos y ciclos, también. El tiempo transcurrido, el tiempo que pudo ser, la existencia y sus hechos, cobran también en nuestra memoria colectiva la evocación de los seres admirados. Nos acercamos a las urnas funerarias con la devoción tenida a lo inasible, al recuerdo y a la esencia pérdida. Por eso hoy, en el espacio de los libros y en muchos otros donde la cultura escrita se celebra, pensamos, a cien años de su natalicio, en Alí Chumacero: patriarca de generaciones, como le ha llamado Vicente Quirarte. Por eso, vemos en el incontenible río que va a dar a la mar, que es el morir —como en las coplas de Jorge Manrique por la muerte de su padre—, con la memoria henchida, la posibilidad de volver a un personaje tutelar.

¿Pero cómo pensar y hacer el perfil de un poeta tan singular? ¿Cómo amagar a la muerte y traer de la niebla del sueño al hombre de la vida diaria y al hombre de letras? Su trato afable, tan nuestro como la fenomenología del relajo —para usar la frase de Jorge Portilla en su revelador discurso ensayístico— lo acercaba a todos. La risa era una señal de su presencia. Antisolemne, carismático, agudo, chispeante como la tertulia taurina. Poeta de hábitos terrenales y a la vez complejo, reflexivo y crítico. Cómo fundir, pues, la ocurrencia de relámpago feliz y el autor no complaciente; el lector adicto y el ser dionisiaco, enemigo de la seriedad porque es una forma de la muerte, según decía el vate.

En la última entrevista concedida a José Ángel Leyva, apenas 22 días previos a su partida, precisó su visión de sí mismo: un poeta que decidió publicar poco —*Páramo de sueños* (1944), *Imágenes desterradas* (1948), y *Palabras en reposo* (1956)— consciente de que su obra no era valorada inicialmente por ser un autor complejo, hasta que encontró una legión de lectores y un sinnúmero de galardones. Un creador reflexivo que, a pesar de toda creencia secular, dijo alejarse de las experiencias personales, resistente a la poesía confesional a pesar de algunos poemas que son versiones casi agustinianas de su mayor intimidad.

Pastor de letras, cuidó con admirable perseverancia la obra ajena. A pesar de su modestia, sabemos que su labor editorial mejoró textos por más de medio siglo y que participó desde su juventud en aventuradas jornadas dedicadas a las revistas y los suplementos donde se libraron batallas estilísticas y se acuñó la creación de nuestra república de las letras del siglo pasado, es decir, la de estos años que vivimos, porque hoy la mayoría de los escritores somos también mujeres y hombres del siglo pasado. Por su aliento de juventud, apenas un poco más de dos años después de su llegada a la Ciudad de México en 1939, vale mencionar su participación fundacional en *Tierra Nueva*, auspiciada por la UNAM, con José Luis Martínez, Leopoldo Zea y Jorge González Durán, donde, se dice, buscaban equilibrar la tradición y la modernidad. En un tejido hemerográfico perseverante donde menudearon las prensas periodísticas, Alí Chumacero cultivó la recensión, la lucidez de la lectura inmediata para señalar atributos o rasgos de nuevos autores nacionales o poco conocidos de la geografía iberoamericana. ¿Cuántos escritores, como el propio José Revueltas, encontraron en Alí Chumacero un lector entendido y abierto a nuevos senderos y bifurcaciones. Al autor de *Contrasuberna*, a Miguel Ángel Flores, poeta reciente y prematuramente desaparecido, debemos una selección de los textos de Alí y un prólogo sustancial, resultado de investigaciones acuciosas, editado por su perdurable casa de trabajo, el Fondo de Cultura Económica: me refiero a *Los momentos críticos*. En esa colección elegida a su vez con la mirada escrutadora de Flores, se encuentran varios de los escritos del a sí mismo descrito como “obrero de las letras”, sobre la creación literaria y, también, sobre diversos artistas plásticos. En su momento o cuando los hechos corroboraron sus juicios, fueron referente obligado para la construcción de nuestro canon.

Mi afecto y agradecimiento no me hacen imparcial en este juego de la memoria. Por ello, sólo puedo decir, como en su poema “De amorosa raíz”, que para mí, en el principio fue el nombre: Alí Chumacero. Nombre litúrgico y ardiente. Luego, su poesía. Leerla.

Admirar su lucidez, su precisión rotunda. Tiempo después, en 1968: llegó el momento de conocer a Lourdes, su inteligente esposa; de observarla durante años, cada tarde, entre pinturas y grabados del Salón de la Plástica Mexicana que dirigió con acierto. En ella veía los ojos donde Alí, en su “Responso del peregrino”, miró “nacer la tempestad”. Más tarde, encontrar a Luis, su hijo, por mediación de Bernardo Ruiz en los inicios de la Universidad Autónoma Metropolitana, significó otra péndola del puente para llegar al poeta, abreviar de su palabra, de sus anécdotas y juicios aleccionadores. Y entre libaciones y sonrisas, aprender su sabia enseñanza de la vida. Afirmaré pues, lo que he dicho antes, porque de Alí tenemos todos, un juicio definitivo y una impagable deuda de afecto.

Por ello, no he de referirme aquí a la revelación de su poesía exacta, de musicalidad absoluta y verso dominado. Ni a la originalidad de sus temas de universal raíz, en los que respira también la transgresión y la angustia como principio estético.

Acaso tampoco he de aludir al gozo de su lectura y al hallazgo perpetuo de la mujer, entre ritos metamorfoseados y desprendidos de una aparente cotidianidad doméstica, hasta llevarnos con ella a orillas de la desolación donde florecen ojos verdes y ternuras bien habidas. No habré de referirme a la orfebrería de su palabra en la que no sobra ni falta; al silencio que también es parte del poema esgrimido como respiración de un canto; a la serenidad, a la tersura como eslabona imagen y ritmo; a su forma de ennoblecer el lenguaje y a la recuperación de vocablos desdeñados que adquieren luminiscencia, por el orden y el sentido dado para soportar el rigor de su mundo interior y exterior.

No diré de su comentado hermetismo, consecuencia de una entrega a la búsqueda de la perfección, ni de la insospechada veta de interpretaciones que su obra contiene como las arborescencias minerales. No diré que su universo se gesta y se extingue a voluntad, o la manera como su verbo no reposa ni claudica por el agobio diario, o se asfixia con la trivialidad de la aniquilación, que no es tal, porque él la olvidaba en un abrazo carnal.



No es necesario expresar la latencia de la condición humana en cada uno de sus versos; ni cómo se perpetúa el desamor, el crimen, la iniquidad de la tribu en cada canto, sin anticipar el entusiasmo cubierto siempre por el follaje escueto y suficiente de su verdad.

Tampoco diré cómo sus versos después de escuchados o leídos se multiplican en nosotros y murmuran voces, la plegaria, la letanía pródiga, en forma de marea creciente de imágenes que se instalan en el inconsciente. Y si las figuras bíblicas en su trance poético asaltan nuestra memoria, no repetiré interpretaciones que hablan de palabras-símbolo, de alquimias líricas, de la vigencia de la abstracción o la nostalgia del pecado que no ha sido confesado por el poeta. No expondré la naturaleza de sus misterios, ni las graves masas de oscuridad, donde sólo advierto —yo, ingenuo lector— la palabra desnuda o la epidermis del creador en posesión plena de sus facultades. No referiré las cadenas sensoriales escudriñando las fabulaciones del poeta, y donde dice amor y donde dice muerte, leeré sólo amor y muerte.

No será preciso hablar de su larga experiencia y templado instinto literario, ni de su oído educado para afinar las cuerdas de un violín interior en medio del estruendo de la existencia; tampoco de su mesura y sus pasiones lingüísticas, ni de su tránsito silente o amistoso entre generaciones; del erotismo voluntariamente erosionado, de sus urgencias, de sus dotes sibilinas, de su recogimiento en el poema de doble lectura.

Quizá no sea tampoco el caso de insistir en su juicio crítico, en su ponderación y equilibrio, en la guía eficaz de sus escritos para penetrar en la selvática espesura de casi sesenta años de literatura y arte; ni de hacer puntual recuento de su magisterio involuntario y voluntario, o de sus esfuerzos editoriales y peregrinajes.

Nada diré, sobre todo esto que otros dirían mejor que yo. El arte da sentido a la existencia pero ella es, por definición, lo irrepetible. Por eso sólo evoco, como antes con él mismo, su entusiasmo por vivir y memorar su vertical forma de pasar por el mundo. Si su renuncia al proselitismo, a la celebridad gratuita y

effímera, se lían con su convicción de que el fluir de la conciencia es un misterio respetable, la reafirmación de su inusitada conducta es la euforia de sus días que hoy han sedimentado los limos de la experiencia, no como cáliz, sino como inexorable devenir donde la sonrisa es la expresión de su testimonio.

Prefiero recordar a Alí brindando por la vida conmigo en un balcón de Mazatlán, ante el espectáculo inextinguible del mar. Pensar en Alí, con sus amigos viejos en busca de una mesa mientras los demás, a veces, con afecto, lo llamamos guiándole en la innecesaria solemnidad de las etiquetas. Referirme a Alí, alborozado ante la proximidad de su tierra, de Acaponeta, de su hermano y de su historia, cuando sin decirle “ven” dejaba todo. Alí y su alba cabellera, mientras algún gesto le traiciona y deja ver su dignidad de bronce clásico antes de estallar con absoluta euforia. Alí, cerca de los jóvenes —más joven que ellos— orientando sus pasos por los vericuetos de la creación. Alí, en medio de su casa-biblioteca al ubicar el lugar exacto de un libro en su alejandrina posesión, y precisar también el capítulo y la cita... Alí, observándonos desde la atalaya de sus días, divertido como marinero en fin de semana. Alí, recordando, sin amargura, sin rencores. Alí, herido por la luz de una tarde, nimbado, en medio del silencio y rodeado de su descendencia. Alí, hablando de la nobleza de los malandrines, de los cuerpos turgentes de las bailarinas o de su culminación rotunda. Alí refocilándose con sus nostalgias mientras el brillo en la mirada casi materializaba sus recuerdos. Alí hablando conmigo de mujeres hermosas, porque es inicuo hablar del poder en cualquiera de sus manifestaciones. Alí cuidando la obra ajena, deleitándose en la gestación de un libro, dispuesto a servir a la literatura con su talento. Alí diciendo que ya no tiene nada que decir, con una pierna en la vida y otra en la poesía, enhiesto en la pérdida de la amada o caminando por las calles de Gelati. Alí, esta y otras noches en vida bajo la incandescencia de las lámparas, abrumado alguna vez por nuestro afecto, siempre midiéndonos el tiempo, porque sabía que el tiempo sólo sirve para celebrar la vida... 